

## Sucedió mañana

-¡No, no! ¡Café no, por favor!

El invitado de honor repudió la taza con un gesto excesivo, más allá del que se suele hacer cuando algo, simplemente, no gusta. Como si el café fuese un áspid. Y es que, realmente, para él era un áspid. Había sabido ya que es otro agente cancerígeno.

La casa, antigua, tenía todavía comedor; a la antigua usanza. Con su trincherero, su aparador, su vitrina con alguna plata bien limpia, alguna porcelana histórica. Y sus supervivientes en torno a la mesa: supervivientes de cenas, de tertulias de antaño. Se habían reunido, los que quedaban, en torno al amigo tantos años ausente, triunfador fuera, desconocido dentro: lo de siempre. Habían contado ya los muertos, las gracias y los tics de cada muerto -que es lo único que queda en la memoria- y habían hablado de los éxitos del que se fue. Seguía

soltero, seguía desvelado por las noches sobre sus libros y sus papeles de ensayista de humanidades con el sutil pecado, a veces, de una comedia, unos versos, una narración. En otros tiempos la cena tenía su final estimulante para el coloquio: café-copa-puro. La gran trilogía. Pero ya se había ido abandonando el alcohol, y casi el tabaco. Quedaba el café, y el invitado acababa de destruirlo.

-Cáncer de páncreas -determinaba el invitado-. Lo asegura el «New England Journal of Medicine» y, en él, nada menos que Brian MacMahon.

Más bien humanistas todos y, por lo tanto, ignorantes, los amigos apenas sabían donde tenían el páncreas. Desde luego, ignoraban todo en relación al nada menos profesor MacMahon. Fueron informados. Un epidemiologista reconocido, un hombre que otras veces había adoptado una posición contraria: la defensa de los productos acusados de dañar la salud pública. Nada de sensacionalista, nada sospechoso. Y la investigación había sido hecha con toda solvencia: un equipo de investigadores de Harvard, de la escuela de Salud Pública. Resultados: el café puede ser la causa de la muerte de, por lo menos, la mitad de las 20.000 víctimas del cáncer de páncreas que caen cada año en Estados Unidos.

-Beber café en los Estados Unidos es ya exponerse a morir de asco -dijo uno-; templaducho, aguado, marrón...

Alguien derivó hacia la odiosa mecánica del *café-filtre* francés, que inunda siempre la mesa; otro, a la delicia de los posos en el pocillo del café turco. Se rehuía la imagen de la muerte por el café. El dueño de la casa se sintió responsable de su cafetera Cona, burbujeante y olorosa, que podía encerrar la muerte de sus amigos. Se creyó obligado a una cierta defensa de la mala salud.

-Nos estamos dejando envolver demasiado por el mito americano de lo cancerígeno; nos estamos bizantinizando por la impresión, mientras el verdadero enemigo está a nuestras puertas. Hace unos días un diputado

# TERTULIA EN LA ESPAÑA DEL POSTGOLPE

POZUELO

socialista se levantó en el Congreso para hacer sus reflexiones acerca de lo sucedido en la noche del 23 al 24 en aquel mismo lugar. El buen hombre explicó su angustia de aquel momento: bajo la punta de las ametralladoras y las desafortunadas voces de mando, en la expectativa de una autoridad «militar, por supuesto» que les divolviese y, con ellos, la legalidad; y con la posibilidad de que cuando salieran les esperasen unos camiones para llevarles a campos de concentración y a algunos a algún sitio peor, los diputados fumaban. Hasta algunos que no habían fumado jamás pedían cigarrillos a los otros. Y ese orador contaba cómo se había podido percibir donde estaba el verdadero peligro: en el tabaco.

Sonrisas más bien amargas. Nadie ríe demasiado cuando se cuentan estas cosas. El que siempre contaba chistes, recordó uno:

-Es como aquel de Otto y Fritz; Otto encuentra a su mujer acostada con Fritz en el diván del salón. Decide que eso no ha de suceder nunca más, y toma una decisión dura: vende el sofá.

-Y así el Congreso ha decidido tomar unas medidas contra el tabaco -continúa el dueño de la casa- en lo que se ve, indudablemente, que hay una providencia: sin el golpe de Car-

naval, el Congreso no se habría decidido a enfrentarse con este problema que mina la salud de todos.

Y, para subrayar su ironía, hace seña a la anciana doncella -otra superviviente- de que le sirva café. Un par de comensales adelantan, también, sus tazas. Están desafiando al invitado de honor.

-Allá vosotros -dice éste-; pero estas cosas son tangibles, mensurables. Es un hecho real: más de mil personas interrogadas en los hospitales, donde estaban por cáncer de páncreas claramente diagnosticados, han servido de testigos; beben más café que los sanos, o que los que están internados por otras enfermedades, incluyendo otras formas de cáncer.

-En el extranjero -dice su discuti-dor- estáis demasiado sensibilizados a estos problemas. España es más indiferente a las amenazas de muerte. A veces, demasiado indiferente. Pero siempre cree que la están engañando y muchas veces tiene razón. Intuye que tras estas cosas hay siempre una forma de manipular la sociedad. A los niños se les asusta desde que entienden, para que sean sumisos. Como lo visible es insuficiente para asustar, hasta que se tiene una conciencia de que lo realmente grave es lo visible y no lo invisible, se les inventan mitos: el lobo, como si por un pa-

sillo fuese a aparecer un lobo de verdad, la bruja, el hombre del saco o el Tío Camuñas, que se ha desprestigiado mucho desde que hay un importante parlamentario de UCD que se llama así y es un buen hombre. Se trata de que el niño sepa que estos peligros pueden conjurarse de dos maneras: siendo bueno y obedeciendo a los mayores que le protegen. Cuando Fraga Iribarne, en otra histórica sesión del parlamento que está haciendo una brillante carrera después del golpe, propone una ley de defensa de la familia, está regresando a la autoridad paterna, a la ordenación por la cual se implanta el terror de la autoridad desde la infancia: el terror que el va a perpetuar luego en una sociedad de no adultos, en la que está capitalizando el miedo.

-No te burles del parlamento -dice alguien- que, por tanta burla, hemos llegado a esa carnavalada de un hombre disfrazado de teniente coronel de la Guardia Civil... Ha hecho otras cosas el Congreso en estos días, y el gobierno. Por ejemplo, la Ley de Defensa de la Democracia...

-Está en la misma línea -dice, ya excitado, el dueño de la casa, mientras el Invitado de Honor va comprendiendo, cada vez más, que él pertenece al extranjero y que el mundo de su juventud se le fue definitivamente de las manos; y de la mente-; es la línea de que de un susto salga otro. O la ley del diván o la ley del tabaco; vender o prohibir al medio, lo externo, lo lateral. Si aquí hay un problema de dos terrores, de dos clases de metralletas, tal como se ha planteado, se hace una ley para prohibir periódicos, y se la presenta al país como algo imprescindible para defender la democracia. Como si los golpistas o los otros terroristas hubieran necesitado apologías, provocaciones o letra impresa para sus delitos. Este es un ejemplo de lo que ya el país está llamando «complejo del video»: nos pasan una y cien veces las imágenes del asalto al Congreso para decirnos que viene el lobo, y que debemos ser niños buenos y acostarnos pronto; y leer menos periódicos y escuchar menos radios. Y que cuando veamos procesar a un periodista, nos frotemos las manos de alegría viendo que tenemos una autori-

dad justiciera y rápida que defiende la democracia.

El ensayista que viene de lejos y ha caído así en la sobremesa de la España del postgolpe reflexiona en voz alta:

-Quizá si los niños no tuvieran el susto diario de los cuentos de miedo, no empezarían a drogarse después; o no serían alcohólicos, o no fumarían. La droga es un recurso de gentes que tienen miedo, y que se lo tienen a la sociedad que se lo crea.

Y el que presume de humorista:

-La lógica del Congreso en estos momentos, habría sido la de prohibir los golpes de estado con objeto de vitar que se consumiera tanto tabaco en esos días. Hubiera resultado más coherente con la situación. Solamente que prohibir los golpes de estado resulta infinitamente más difícil, porque ya están prohibidos.

El dueño de casa está en su tema:

-La sociedad viene actuando así desde siempre. Estamos en una sociedad que no puede aceptar cualquier forma de placer que no esté administrado por ella. El ciudadano no puede gratificarse directamente, por sí mismo, o en su propio grupo: tiene que pasar por alguna forma de ventanilla oficial. No es una simple cuestión de sadismo, que también está presente siempre en toda sociedad judeo-cristiana, y mucho más si ha pasado por la «dura lex» romana. La forma de aterrizarse ha sido siempre la misma, y desde hace un siglo toma forma científica. El sexto es uno de los principales temas: cuando las prohibiciones no fueron suficientes, se inventó la gran campaña de las enfermedades sexuales, con todas sus variantes, desde la idea de la licuefacción del cerebro por la masturbación hasta la de las enfermedades venéreas. Cuando apareció el anticonceptivo oral se precipitaron las estadísticas sobre los problemas que puede causar en la mujer: desde el cáncer de útero o de mama a las enfermedades circulatorias. Con tal éxito que incluso algunas organizaciones feministas condenan hoy la píldora por su condición de agresiva para la mujer. El tema de la reprobación absoluta de la droga tiene una gran base en que no es la droga que administra la sociedad, como el tabaco y el alcohol, cuyas producciones y ventas están siempre en manos de los estados.

-En el fondo -dice el Invitado de Honor- estás en la línea de Wilhem Reich. Y Reich murió loco...

-O eso dijeron. En realidad, murió en una prisión de los Estados Unidos, por causas todavía poco conocidas, mientras sus libros eran quemados por la autoridad. Fíjate bien en qué autoridad: la de los Foods and Drugs, la misma que administra la salud por

## SUCEDIO MAÑANA

el control de los alimentos, de las medicinas. La que ahora tiene que examinar la cuestión del café y el páncreas... Fíjate que siempre hay unas prohibiciones paralelas, unos organismos que son los que se ocupan de la salud, que son los que ejercen la represión. ¿Sabes por qué razones se prohibieron en Madrid los *sex-shops*? Porque el gobernador, que luego ascendió a ministro del Interior y que lo sigue siendo, encontró que violaban las leyes de la salud, porque vendían aparatos que podían considerarse como ortopédicos y elixires que podían ser medicinas, y todo ello sin el control de la Sanidad.

-Te vas desviando hacia el sofisma -dice el invitado, que comienza a mirar con otros ojos la cafetera donde todavía hierve el café, bajo la llanita azulada del alcohol de quemar-; una cosa es la creación psicológica del miedo, y otra cosa es la realidad de ciertos hechos. Y es un hecho que la sífilis asoló Europa durante siglos, que el tabaco es generador no sólo de cáncer, sino de otras enfermedades respiratorias, y que el café produce cáncer de páncreas. No hay mal posible en que nos centremos en los hechos en sí y los aislemos de su carga filosófica o psicológica y tratemos de preservar la salud y alargar la vida. En el supuesto de que alargar la vida humana sea un bien deseable.

-La sífilis, en efecto, se extendió por Europa; nunca tanto como la peste o el cólera, y otras epidemias; nunca tanto como las guerras, ni causó tantas muertes como ellas. Pero como «enfermedad del amor» era la más benigna: la sociedad causaba muchos más muertos, muchas más víctimas, en su manera de ostigar las formas libres del amor, o el adulterio, o las llamadas aberraciones y perversiones. Hoy mismo las represiones sobre la mujer por la maternidad no administrada por la sociedad, aquí o en el Irán, que son países gemelos en muchas cosas, causa muchas más desgracias que el uso, y aún el abuso, de la píldora. Pero pronto verás como en la España del postgolpe, en la España del complejo del video, se comienza a hablar de nuevo de la administración de la «píldora» y quizá de la reaparición del delito de adulterio, o del de escándalo público.

-No es eso, no es eso -dice alguien-.

-Y sin embargo, reaparece una forma lateral y clandestina de Ley de Prensa, castigando «apologías» y «publicaciones provocativas». Y el remedio de protección a la familia de Fraga ¿no empieza ya ese otro camino...?

El invitado de honor pidió vergonzosamente una taza de café. Empezaba a comprender la España del postgolpe.

-¿Y si el golpe no hubiera existido...?

-En primer lugar, ya existía. Un golpe de Estado existe siempre que se tenga que gobernar de forma que haya que evitar un golpe de estado, y no sólo los gobernantes, sino las formas de oposición del país plieguen sus actitudes a ello. Lo que no puede hacer o decir o legislar o acometer por miedo a que pueda producir un golpe de Estado es sensiblemente igual a lo que no se puede hacer, decir, legislar, acometer porque ya existe un golpe de Estado. Lo que sucedió fue una representación, una aparición del golpe de estado. Digamos que el teniente coronel Tejero se les apareció a los diputados en la noche del 23 al 24 de febrero, como se apareció la Virgen de Fátima a quien fuera para explicarles la necesidad de la conversión de Rusia al catolicismo. Las apariciones casi nunca pierden el tiempo: siempre piden algo concreto. Se está haciendo así siempre. Cuando fallaban las apariciones, se inventaban en el teatro: Calderón sacaba su «deus ex machina» en el escenario y sus voces del más allá repetían una y otra vez: «Obrad bien, que Dios es Dios...». Y no nos olvidemos que la relación entre Calderón de la Barca y la autoridad de entonces, el Rey, era estrechísima.

El invitado de honor estaba desolado. La España del postgolpe se perdía en sofismas, en elucubraciones: en bizantinismos. Hasta sus amigos, tan sosegados antes, tan ilusionados y tan crédulos en su propia humanidad, se habían entregado a lo onírico...

-Escucha -quiso decir-; la cuestión está en no mezclarlo todo, y en dar a cada muerte lo que es de cada muerte. El Congreso, el día 23, no asistió a un auto sacramental; y el páncreas es el páncreas, como el sexo es el sexo... Para saber la naturaleza del mal, hay que aislarlo. No hay que creer en las versiones teológicas de que el mal es uno y se expande, y se mezcla en cada acto de la vida cotidiana.

Se interrumpió por un ruido espantoso en la calle:

-¿Qué es eso? -dijo, medio levantándose-; son tanques, decenas de tanques sobre el asfalto...

Todos le tranquilizaron: son los camiones de la basura con su mecánica atroz y ruidosa. Y el invitado de honor se bebió su café. Para tranquilizarse. Y si hubiera tenido tabaco, hubiese fumado. ■

# Y

A han pasado los diez minutos, los veinte minutos, la media hora que era el plazo señalado para

que llegara la autoridad competente a leer el bando militar al país. Tejero todavía no ha dudado. Después de poner a los diputados boca abajo, y culo arriba, ahora los tiene con las manos sobre los pupitres y mientras un héroe desconocido está al caer él se mira la verde silueta, las sienes de charol en el espejo de los mármoles del palacio y pasea con un pistolón conec-



tado al pulso entre caobas y lienzos como el profeta que anuncia una redención inminente. Dentro de diez minutos, de veinte minutos, de media hora a lo sumo vendrá alguien a quien él no es digno de desatar la correa de su guerrera y nos traerá a todos la salvación. Tejero en ese momento es un precursor armado, un Bautista loco totalmente fiable.

Los redentores suelen ser muy puntuales. Se han presentado siempre en el instante exacto de la Historia, pero ya se sabe cómo está hoy la circulación. Hace algunos milenios se podía tardar cuarenta años en atravesar el desierto del Sinaí, en el siglo XIX tal vez el general Pavía invertía media hora en cruzar Madrid a caballo, pero los redentores acudían siempre en punto a su cita, ya fuera la tierra de Canaán o el Palacio del Congreso, porque entonces no había semáforos ni furgonetas de reparto aparcadas en tercera fila. En el drama del asalto a las Cortes sin duda el momento más